

ISSN 2007 1620

# Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León  
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Año 47, No. 47, Vol. IV  
Enero-Diciembre 2020

*Historia*



UANL®

# CONSTRUYENDO LA REGIÓN. ISIDRO VIZCAYA CANALES Y EL NORESTE MEXICANO

Iván Espinosa\*

**Resumen:** El artículo analiza parte de la obra de este historiador radicado en Monterrey, en la cual está presente la noción de *noreste*. Para desarrollar lo anterior, toma en cuenta ciertos procesos históricos a nivel regional (industrialización, Revolución de Independencia e incursiones de “indios bárbaros”), superando la mera idea geográfica (entornos, naturaleza, recursos). Elaborada en los años sesenta, la relevancia estriba en que el autor identifica y expone algunas vetas que décadas más tarde serán retomadas y profundizadas por historiadores profesionales.

---

\* Doctor en Historia por el Instituto Mora. Se ha especializado en Historiografía mexicana y regional. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Profesor titular en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

**Abstract:** The article analyzes part of the work of Isidro Vizcaya Canales, based in Monterrey, in which the notion of the Noreste region is present. For this study, historical processes are taken in a regional view (industrialization, the Independence process and the incursions of “barbarian indians”), going beyond the geographical idea (environments, nature, resources). Elaborated in the sixties, the author and study object in this case, identifies and exposes some veins that decades later will be taken up and deepened by professional historians.

**Palabras clave:** Vizcaya, noreste, Monterrey, historia regional, revisionismo.

**Keywords:** Vizcaya; Northeast of Mexico, Monterrey, regional history, historical revisionism.

...las regiones son como el amor: difíciles de describir,  
pero las conocemos cuando las vemos.

Eric Van Young

El presente artículo tiene como propósito principal ubicar y analizar la obra del historiador Isidro Vizcaya Canales (1917-2005) en su respectivo entorno regional. En especial, identificamos tres textos en los que nos centraremos por considerarlos sus “obras mayores”:

- *Los orígenes de la industrialización de Monterrey. Una historia económica y social desde la caída del Segundo Imperio hasta el fin de la Revolución, 1867-1920*, Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 1969.<sup>1</sup>
- *En los albores de la independencia. Las Provincias Internas durante la insurrección de don Miguel Hidalgo y Costilla, 1810-1811*, Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 1976.<sup>2</sup>
- *Tierra de guerra viva. Incursiones de indios y otros conflictos en el noreste de México durante el siglo XIX, 1821-1885*, Monterrey, Academia de Investigación Humanística, A. C., 2001.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> El texto ha sido editado en tres ocasiones más: en 1971 por la Librería Tecnológico; en 2001 por el Archivo General del Estado de Nuevo León; y en 2006 por el Fondo Editorial Nuevo León y el ITESM.

<sup>2</sup> El texto ha sido editado en dos ocasiones más: en 2003 por el Archivo General del Estado de Nuevo León y en 2005 por el Fondo Editorial Nuevo León y el ITESM.

<sup>3</sup> Un primer resultado de este trabajo lo presentó en 1968 y fue publicado por el ITESM. La temporalidad señala los años de 1840 y 1841 y lo presentan como “Materiales para la etnohistoria del noreste de México”. En 1995, el Archivo General del Estado de Nuevo León publicó este mismo trabajo con la temporalidad de 1821 a 1885. Asimismo, en 2003 el AGENL publicó un fragmento de dicho trabajo en un

Indicar el número de ediciones que tiene la obra de este personaje -como se hace a pie de página- también sirve para apuntalar la justificación. La condición indicada no es un mero dato estadístico, pues desde el punto de vista historiográfico las veces que se ha publicado un libro nos puede dar una idea de su importancia en el ámbito académico en cuestión.

Además del corpus mencionado, también se toman referencias de un par de entrevistas realizadas al historiador, que fueron publicadas en los últimos años de su vida; como se mostrará, en ellas hace alusiones de tipo personal que permiten advertir los motivos que tuvo para descubrir y desarrollar su vocación. De igual forma, en sendos ejercicios ofrece detalles en cuanto a la edición y publicación de sus libros principales.

Ubicado en Monterrey desde donde desarrolló dicho oficio, se trata de una propuesta historiográfica de carácter regional elaborada a partir de los años sesenta con la que habría delineado -y esto expuesto a manera de hipótesis-, las premisas que más tarde -en especial a partir de los años ochenta- serán profundizadas por *profesionales* (es decir, investigadores con formación académica especializada, algunos con posgrado, otros incluso con distinciones como pertenecer al Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt).

Por otra parte, un propósito más del presente trabajo es ubicarlo en el proceso de profesionalización de la disciplina que en México comenzó a partir de la década de 1940.

De tal manera identificar las condiciones de esta nueva etapa y cómo incidió en el ejercicio del oficio, resultan cruciales para explorar el asunto.

En consonancia con lo anterior, también se esbozará la forma en la que esa etapa profesional arraigó en Nuevo León.

---

Anuario intitulado *Tierra de guerra viva. Nómadas y civilizados en el noreste mexicano, 1800-1885*.

## La “invención” del *noreste mexicano*

En las siguientes líneas nos acercaremos a la propuesta de Edmundo O’Gorman para tomar el concepto “invención”. Como se sabe, este abogado devenido historiador elaboró y propuso una teoría de la historia que es identificada como historicista.<sup>4</sup> Lo anterior lo desarrolló a la par del proceso que inició una nueva etapa para los estudios de la disciplina en México: la profesionalización. En tal sentido, llama la atención que la propuesta metodológica de este “filósofo-historiador” se desmarque de la tendencia que caracterizó dicho periodo (esto es, la positivista).

Respecto a la categoría conceptual mencionada, O’Gorman la desplegó para analizar la cultura y civilización americanas.<sup>5</sup> En principio, el autor plantea la siguiente premisa: “Ningún acto es algo en sí mismo; su sentido o ser depende de la intención que se le atribuye”.<sup>6</sup>

Para el caso del objeto de estudio (América), desde fines del siglo XV al vasto continente se le atribuyó una categorización para dotarla de un *ser*; es decir, se le otorgó un sentido por parte de sus “descubridores”. Tal “ser” o “sentido” vigente hasta la fecha vuelve inteligible la noción para identificar a la masa continental. El remate del planteamiento sugiere, por tanto, que América más que descubierta fue “inventada” (esto es, por fin se

---

<sup>4</sup> Matute (1999). “Estudio introductorio y selección”, en *Edmundo O’Gorman. Historiología: teoría y práctica*, p. XVI.

<sup>5</sup> O’Gorman (1999). “América”, en *Historiología: teoría y práctica*, p. 127.

<sup>6</sup> El autor dedicó varios textos al tema: *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos [1951]* y *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente [1958]*. También se publicaron debates sobre el asunto (en este caso, con M. Bataillon en 1955), incluso la traducción al inglés de uno de los libros señalados [Indiana University Press, 1961]. Como se hace referencia, para el presente artículo nos apoyamos en un trabajo posterior intitulado “América”, publicado originalmente en *Estudios de historia de la filología en México [1963]* y que ahora tomamos de la compilación Edmundo O’Gorman. *Historiología: teoría y práctica [1999]*.

le concedió un lugar en el horizonte de la cultura europea y judeocristiana del que hasta entonces carecía).

Dicho proceso desatado por el hallazgo de Colón en 1492, supuso entre otras cosas la constitución de una nueva geografía política. Lo anterior se tradujo en la articulación de sistemas administrativos orientados a la organización de los “nuevos” territorios de lo que se conformaba como Imperio. Con la muerte del navegante genovés y la expansión hacia la parte continental a partir del siglo XVI mediante un proceso de conquista-colonización, se resolvió segmentar a través de Virreinos y Capitanías las extensas posesiones que se adjudicó la corona española del otro lado del Atlántico. Uno de esos virreinos fue el de Nueva España creado en 1535 y disuelto en 1821.

Si, como se argumentó, la “invención” de América implicó dotarla de un *ser*, el curso llevado a cabo en los entes creados para su adecuado control reclamó un ejercicio parecido. El propio O’Gorman ofrece argumentos al respecto al rastrear la historia de esas divisiones territoriales que explica a partir de una “necesidad de hecho”.<sup>7</sup>

Para el autor, tal necesidad obligó a las autoridades novohispanas tomar en cuenta las circunstancias existentes (“fenómenos históricos reflejados sobre el territorio”) que sirviera de sustento para un posterior reconocimiento jurídico. Lo anterior indicaría que la organización de dicho virreinato se basó, al menos en principio, en las condiciones que prevalecían antes de 1521.

---

<sup>7</sup> O’Gorman (2012). *Historia de las divisiones territoriales de México*, p. 4.

¿Cómo ubicar al actual *noreste mexicano* en tal proceso? En efecto, es en la etapa colonial donde es posible identificar la “invención” del espacio geográfico en cuestión. Hacia la última parte del periodo virreinal y con el relevo en el trono español (retirada de los Habsburgo, llegada de los Borbones), empezaron a gestarse una serie de cambios de tipo jurídico-administrativo.

Para los propósitos del presente trabajo, el más relevante de ellos fue la proyección de una Comandancia y Capitanía de las Provincias Internas, cuyo propósito era atender a vastas regiones del norte del virreinato. Hasta ese momento, la región aludida ya estaba conformada por cuatro espacios delimitados: un reino (Nuevo Reino de León), dos provincias (Coahuila y Tejas) y una colonia (Nuevo Santander). Los rasgos que compartían eran la lejanía respecto a poderes centrales (eclesiásticos, administrativos, judiciales), contar con extensiones territoriales amplias, baja densidad demográfica y procesos de colonización que se consideran tardíos.<sup>8</sup>

A ello habría que agregar los vínculos respecto a los flujos migratorios registrados en el interior del entorno.<sup>9</sup> En tales condiciones, entre 1776 y 1804 se implantaron propuestas para delimitar y controlar el septentrión para quedar plasmado en la

---

<sup>8</sup> Zorrilla (1991). *Integración*. En este documento se argumenta que el proceso de colonización de Nuevo Santander se fraguó entre 1748 y 1821, lo cual supuso “un nuevo periodo de consolidación política para el Nuevo Reino de León”. Es decir, desde tiempos coloniales se ha podido documentar el vínculo entre las entidades involucradas como muestra de una unidad geográfica y administrativa.

<sup>9</sup> Ceballos (2006). “La conformación histórica del noreste mexicano: larga duración, identidad y geopolítica”, *Secuencia*, pp. 10-12. El historiador tamaulipeco indica: “... casi la totalidad de los fundadores de las villas de Escandón en el centro de Nuevo Santander eran reineros [Nuevo Reino de León]”. Y agrega: “Quizá la única excepción fue la Hacienda de Dolores, cercana a Laredo, que fue fundada por José Vásquez Borrego con familias procedentes de San Francisco de Coahuila”. Remata sus argumentos mencionando “ramas de la familia Ramírez” quienes desde el siglo XVIII y hasta principios del XX se asentaron en Saltillo (Coahuila), Cadereyta (Nuevo León), Camargo (Tamaulipas), así como en poblaciones texanas (Laredo, McAllen, San Antonio, Austin, Dallas).

creación de las Provincias Internas. En el extremo Oriente de dichas Provincias se agrupó al reino, provincias y colonia mencionadas.

El tránsito que supuso abandonar las estructuras virreinales (Nueva España) para constituir un Estado moderno (México), tuvo en la invasión del ejército estadounidense un punto de quiebre. Si bien hasta la fecha lo anterior significa para México el mayor de sus descabros, en la zona referida habría ocurrido una revalorización y reconfiguración de dicha “invención”. Tomemos como ejemplo la propuesta historiográfica de José Eleuterio González (1813-1888); personaje de múltiples facetas (médico, educador, literato, historiador), este tapatío de nacimiento y afincado en Monterrey, en su obra logró identificar, rescatar y divulgar la tradición (histórica, cultural, geográfica) fraguada en ese espacio.

En un texto que escribió hacia los últimos años de su vida (y que permaneció inédito hasta la segunda mitad del siglo XX), este médico de profesión rememoraba parte de sus labores. En él recordaba:

En 1 de mayo de 1834, á instancias del Sr. [José María de Jesús] Belauzarán, me encargué de la Dirección del Hospital de Nuestra Señora del Rosario, que me encargó el boticario Sendejas, el cual se fue luego á León donde puso una botica. En esa época en todo el estado de Tamaulipas no había más que una botica en Tampico; en todo Nuevo León no había más botica que la del Hospital de Monterrey; y en todo el estado de Coahuila y Texas no había ninguna....<sup>10</sup>

Lo expresado por este ilustrado mexicano ubicado en la periferia geográfica nacional muestra la condición de

---

<sup>10</sup> González (1968). *Los médicos y las enfermedades en Monterrey, 1881*, p. 95.

precariedad que guardaba el espacio referido en la parte final del siglo XIX. Más allá del adusto diagnóstico, lo que resulta relevante para los propósitos del artículo es la forma en que logra representar a la zona como una unidad regional. Como se explicó líneas atrás, dicha imagen se preserva desde aquella primigenia organización geopolítica novohispana, identificada como Provincias Internas de Oriente.

Es importante añadir que, como historiador, el doctor González profundizó en dicha conceptualización territorial enfocándose en el periodo de dominio español. Como indicio tomemos su primer libro en la materia, *Colección de noticias y documentos para la historia del Estado de Nuevo-León*, publicado por la Imprenta de Gobierno del Estado en 1867, donde plasma la siguiente proyección: “También publicaré, si mis ocupaciones me lo permiten, algunos documentos, que tengo reunidos y ordenados, sobre el descubrimiento y colonización de Coahuila y Texas. Cosa que me parece muy útil para la historia de Nuevo León, porque estas provincias forman parte de las Comandancias General de las Provincias Internas de Oriente y del Obispado de Linares”.<sup>11</sup>

Además de mostrarse como un historiador al tanto de la metodología decimonónica al contar con documentos “reunidos y ordenados”, *Gonzalitos* -cuyo apelativo emplearon sus contemporáneos y perdura hasta ahora- plasmó y mantuvo una idea para explicar ciertos procesos (medicina, historia) integradores de un espacio que la historiografía de las últimas décadas denomina *noreste*.

---

<sup>11</sup> González (1885). *Obras Completas*, t. II, p. 740. El proyecto jamás pudo concretarlo. La historiografía regional lo identifica como *Apuntes para la historia de Coahuila*, cuyo material se encuentra en el Archivo General del Estado de Nuevo León. En 2015, la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Coahuila publicó el manuscrito.

La historiografía del lado estadounidense también ha reflexionado sobre tal planteamiento. Ya en el siglo XX, un ejemplo lo desglosa Ronnie C. Tyler en su investigación sobre Santiago Vidaurri.<sup>12</sup> Lo que el historiador texano encuentra al ahondar sobre quien llama el “señor del norte”, es la capacidad y osadía de sacar provecho ante una coyuntura que lo puso entre fuerzas políticas y militares encontradas (Juárez, los invasores franceses y la lucha intestina en Norteamérica).

Decidido a mantener su “independencia regional” en la zona del bajo río Bravo y con Monterrey como “ciudad líder del norte”, Tyler lo ubica como el “arquitecto del regionalismo” que incluía el vasto territorio de Texas ya parte de Estados Unidos.<sup>13</sup> Para este autor, la prosperidad que la región ha ganado desde entonces debe explicarse, entre otras cosas, por los vínculos con el sur de Estados Unidos que a lo largo del siglo XIX se desarrolló de manera vigorosa.

En consonancia con tales argumentos, en 1983 aparece un librito en el que se refrenda la tendencia a identificar la región aludida: *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX*. Su autor es Mario Cerutti, argentino que llegó a Monterrey para incorporarse al entonces recién creado programa de Historia en la Universidad Autónoma de Nuevo León a mediados de los años setenta. La relevancia del texto centrado en “gastos militares, aduanas y comerciantes” durante la época del

---

<sup>12</sup> Ronnie C. Tyler, *Santiago Vidaurri and the Southern Confederacy*, Austin, Texas State Historical Association, 1973. En 2002, el Archivo General del Estado de Nuevo León publicó una primera versión al español que se utiliza en este artículo.

<sup>13</sup> Tyler (2002). *Santiago Vidaurri y la Confederación Sureña*, p. 14. El historiador pondera: *Históricamente, el noreste de México ha estado más cerca de Texas que de la ciudad de México debido a la falta de comunicación, caminos que regularmente sucumbían al mal tiempo y al desfavorable terreno entre Monterrey y el interior; esto hacía que, de acuerdo con los intereses agrarios y mineros, se buscarán en el Norte rutas más fáciles para estos mercados.* Destaco “noreste” para los propósitos del trabajo.

mencionado Vidaurri [1855-64], radica en que también plasma conceptualmente la porción geográfica para ese momento ya escindida en dos estados nacionales.

Tomemos dos ejemplos destacados con cierta amplitud en el trabajo: uno relativo a articular cierta autonomía (regional) mediante una política arancelaria y aduanal;<sup>14</sup> otro refiere a sucesos que se dejaron sentir desde la Unión Americana (Guerra de Secesión).<sup>15</sup>

De tal manera que tanto procesos relativos a las dinámicas regionales en México (aparición de caudillos) como el impacto de situaciones externas (lucha intestina en Norteamérica), definieron un área constituida por puntos fronterizos (Piedras Negras) y puertos (Tampico) cuyo epicentro fue la capital nuevoleonera (Monterrey). Incluso -tal como se muestra en un mapa de la página 96-, al historiador le fue posible comprobar “contactos comerciales” con localidades aparentemente ajenas al entorno como fue el caso de Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez, Chihuahua). Como se mostrará, Vizcaya desde los años sesenta ya había esbozado dichas vetas en su propuesta historiográfica.

Sería posible cerrar este breve recorrido acerca de dicho concepto con los argumentos vertidos por Manuel Ceballos. Historiador profesional egresado de El Colegio de México, en 2006 publicó un artículo donde explora con acuciosidad la constitución de dicho ámbito geográfico a partir de ciertos

---

<sup>14</sup> Cerutti (2004). *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX*, p. 99. El historiador comenta: *La fusión del conjunto del noreste en materia aduanal y arancelaria no era sino una de las expresiones vertebrales de la alianza política y militar que se efectuó contra el levantamiento conservador y la proclamación del Plan de Tacubaya.*

<sup>15</sup> Cerutti (2004). *Economía de guerra...*, p. 135. Aquí se asegura: *El estallar la guerra de Secesión, a principios de 1861, y en la medida en que los puertos sureños quedaban bloqueados por la poderosa flota del norte industrial, el noreste de México se situaría como un eje vertebral de salida del algodón que, en tiempos de paz, era exportado a Europa de manera directa por los plantadores.*

momentos, episodios y coyunturas acaecidas durante varios siglos; así, desde distintos ángulos (geográfico, demográfico, genealógico, político, económico, cultural) rastrea la unidad que hasta la fecha mantiene.

De tal manera que la colonización en tiempos del virreinato, linajes familiares, la labor política de Ramos Arizpe y el padre Mier en las Diputaciones Provinciales por reivindicar a la región como un todo, las percepciones acerca del “norestense” vertidas por notables hombres públicos del siglo XIX como M. Payno, su reconfiguración “en dos países” tras la invasión del ejército estadounidense a México, los procesos de industrialización, la “conciencia del noreste” plasmada en la obra de destacados personajes estudiosos del ámbito regional (donde menciona, entre otros, al citado J. E. González y al propio Vizcaya), hasta reclamos de autonomía, son algunas de las circunstancias que el oriundo de Nuevo Laredo justifica para mostrar la “configuración del noreste histórico mexicano”.<sup>16</sup>

La línea que se ha rastreado desde la etapa colonial hasta la actualidad respecto al *noreste*, muestra que dicha categoría se ha cultivado a manera de tradición (tanto en México como en Texas).

En los años cuarenta del siglo XX, el indispensable O’Gorman reflexionaba sobre si el pasado existe. Su respuesta fue afirmativa y concluyó que conceder que ese pasado existe implicaba contemplarlo en el presente, en nuestra vida.<sup>17</sup> Postulaba que el pasado le pertenece al hombre (humanidad), pero no a la manera de una cosa u objeto, sino de una forma que “involucra su ser”; es decir, lo que le ha ocurrido a una persona (e incluiría a un pueblo o a una región) es lo que le hace ser lo

---

<sup>16</sup> Ceballos (2006). “La conformación del noreste histórico”, en *Secuencia*, pp. 9-37.

<sup>17</sup> O’Gorman *et al.* (2015), “Sobre el problema de la verdad histórica”, en *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, pp. 98 y 99.

que *es*. Si se admite tal premisa de cuño historicista, podría decirse algo parecido respecto a la zona en cuestión: el pasado de lo que se reconoce como *noreste* (tradiciones, cultura, historia) son experiencias que se han rescatado en ciertos momentos para definir *su* presente.

### **Isidro Vizcaya, historiador**

¿Es posible ubicar en la veta trazada a nuestro personaje? ¿Qué vínculo podría existir entre los argumentos aludidos y la obra de nuestro historiador? Más aún, ¿es válido ubicar a Isidro Vizcaya como historiador? Hago el último planteamiento desde la perspectiva de los “profesionales”, quienes -tengo la impresión-, siguen contemplando a la distancia -y con cierto desprecio- el trabajo de aquellos a quienes llaman de forma despectiva “cronistas”.

Isidro Vizcaya Canales nació en Laredo, Texas un 12 de diciembre de 1917 y falleció un 19 de septiembre de 2005 en Monterrey. Este estadounidense por nacimiento (y, además, guadalupano), desde el punto de vista generacional podríamos situarlo en el plano local junto a otros historiadores que hoy se diría pertenecieron a la “vieja guardia”: José Pedro Saldaña (1891-1992), Raúl Rangel Frías (1913-1993), Eugenio del Hoyo (1914-1989) e Israel Cavazos (1923-2016). Se trata de personajes que comenzaron a ejercer el oficio en una etapa que antecedió a la profesionalización de dicha actividad en la entidad.<sup>18</sup> Esto es, hacia 1974 inicia el programa de la

---

<sup>18</sup> Espinosa (2007). “La práctica historiográfica en Nuevo León. Una arqueología del conocimiento histórico regional, 1867-1996”, *Secuencia*, pp. 102-106. Aquí se exponen y analizan cuatro etapas de la historiografía de Nuevo León -y de la región de la cual la entidad forma parte- en un periodo que va de 1867 (año de aparición de la primera obra del médico José Eleuterio González) a 1996 (año de los festejos por los cuatrocientos años de Monterrey y la reedición de varias obras de relevancia historiográfica en los planos local y regional): *prolegómenos* [1867-1925],

Licenciatura en Historia en la Universidad Autónoma de Nuevo León, momento para el que los personajes referidos ya llevan años -algunos décadas- en la investigación.

Otro rasgo es su formación en campos ajenos a la disciplina; al menos así lo indican los casos de Vizcaya y Del Hoyo, cuya formación la obtuvieron en el campo de la ingeniería. Otro aspecto que distinguiría la trayectoria de los historiadores mencionados es el *ámbito* desde donde lo realizaron; es decir, ambos ingenieros interesados en la Historia se desempeñaron como profesores y/o administradores desde la iniciativa privada (en este caso, en el Tecnológico de Monterrey,<sup>19</sup> institución educativa insignia de la burguesía regiomontana cuyo proyecto lo abanderó el propio Eugenio Garza Sada).<sup>20</sup>

Otra situación que es relevante referir es un asunto que define el perfil ideológico de nuestro historiador: en este caso, ser copartícipe de la fundación del Partido Acción Nacional en Nuevo León hacia 1939.<sup>21</sup> Con la constitución de un nuevo

---

*regionalismo* [1925-1942], *institucionalización* [1942-1974] y *profesionalización* [1974-1996].

<sup>19</sup> Ávila (2005). “A Don Isidro Vizcaya Canales (1917-2005). En memoria”, en *Sociedad, milicia y política en Nuevo León. Siglos XVIII y XIX. Homenaje al historiador Isidro Vizcaya Canales (1917-2005)*, p. 33. Aquí se asevera: “A partir de este año [1952, nueve años después de fundarse la Institución] funge durante dos décadas como profesor de geografía de México, en los cursos impartidos en inglés por la escuela de verano del ITESM. Organiza excursiones en los alrededores del Estado [de Nuevo León] y al interior del país, con grupos de estudiantes y maestros norteamericanos”. El dato de hablar otro idioma (inglés) y conocer un área de estudio específica (geografía), nos presenta a un historiador completo y con una formación sólida.

<sup>20</sup> Eugenio Garza Sada (1892-1973), fue hijo de Isaac Garza y Consuelo Sada quienes, a su vez, provenían de familias que conformaban una élite de raigambre local. Durante décadas encabezó al grupo más poderoso e influyente de empresarios regiomontanos, hasta su muerte en septiembre de aquel año en un intento de secuestro orquestado por un comando guerrillero.

<sup>21</sup> Ávila (2005). “A Don Isidro...”, pp. 26 y 32. Ávila señala: “... a finales de noviembre [de 1939] acude, junto con un pequeño grupo de jóvenes entusiastas, a las primeras reuniones de adoctrinamiento en el incipiente partido “Acción Nacional”...”

régimen cuyos rasgos poco a poco apuntaban a una forma de “autoritarismo indulgente”, ciertos estratos de la sociedad mexicana buscaron alternativas que hoy se tildan de “conservadoras”.

Valga el contraste con un contemporáneo suyo, el ya mencionado Cavazos quien estuvo ligado al sector público, en especial a ciertas instancias de los gobiernos estatal y local en una época en que el Partido Revolucionario Institucional dominaba casi todo el espectro político (estuvo al frente de los archivos del Estado y de Monterrey en distintos momentos, fundó la Biblioteca Universitaria de la entonces Universidad de Nuevo León hacia 1952, fue Cronista de Monterrey tras la muerte de J. P. Saldaña en 1992 hasta su deceso en 2016).

En otras palabras, mientras Cavazos -y, en cierto modo, también los mencionados Saldaña y Rangel Frías- permaneció en el oficialismo posrevolucionario (con la exposición que ello supuso), Vizcaya -como Del Hoyo- se ubicó (con una discreción que mantuvo durante toda su vida) en un ambiente académico particular.

Si apelo a la propuesta conceptual de Enrique Krauze desglosada en “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, sería posible ubicar a nuestro historiador en la *Generación de 1929*; esto es, aquéllos nacidos entre 1906 y 1920 que el historiador-empresario caracteriza -de manera paradójica- por su “rebeldía e

---

En el transcurso de estos años [1940-1950], participa muy activamente en política; recorre grandes zonas del estado de Nuevo León reclutando posibles simpatizantes para “Acción Nacional”, organiza mítines y reuniones cívicas y participa en diversas actividades de promoción de su partido”. En esta línea argumentativa, podría ubicarse Vizcaya como parte de esas *minorías excelentes* (“universitarios que poseían el conocimiento que exigía la modernización del país”) que, organizados en forma casi al mediar el siglo XX, buscaron tanto defender sus intereses (tanto económicos como ideológicos) como una alternativa política (“tercera vía por la derecha”) al régimen imperante que se autoproclamaba único heredero de la Revolución. Ver: Loaeza (1999). *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994*, pp. 107 y 108.

institucionalidad”. A nivel nacional, fue esa “nueva generación que nació en la revolución sin contemplarla”, que se entregó al “cultivo de la ciencia” y que asumió “la institucionalidad cultural de los años cuarenta”.<sup>22</sup>

En suma, se trató de hombres públicos preparados (en la mayoría de los casos profesionistas) quienes con su compromiso y quehacer -aun desde la incipiente oposición que empezaba a perfilarse, como puede ser el caso de nuestro ingeniero agrónomo-, coadyuvaron a la constitución de lo que Cosío Villegas llamó el “sistema político mexicano”.

Así las cosas, Vizcaya formó parte de la etapa a la que denomino “institucionalización” del oficio en Nuevo León.<sup>23</sup> Se trata de un lapso que va de 1942 hasta la apertura del citado programa que supuso la formación de historiadores profesionales [1974], en el que es posible identificar al menos un par de aspectos: por un lado, la creación de instituciones desde donde desarrollan el oficio (Universidad de Nuevo León desde 1933, Tecnológico de Monterrey desde 1943) y/o se agrupan con sus pares (Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, 1942) en lugares en que se presentan y reconocen como historiadores; por otro, parte de ese “reconocimiento” supone identificar las prácticas asumidas como propias del oficio (conceptos, teorías, métodos debidamente explícitos) para estudiar procesos históricos y

---

<sup>22</sup> Krauze (1998). “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, en *La historia cuenta*, pp. 151-162. El autor remata sus argumentos de esta manera: ...*los revolucionario-institucionales del 29 contribuyeron como auténticos intelectuales orgánicos [...] a consolidar, legitimar e incluso encarnar el sistema mexicano*. Dicha contribución también es posible contemplarla “desde fuera” del sistema político posrevolucionario; es decir, en el caso que nos ocupa, Vizcaya contribuyó como parte activa de una oposición incipiente que el régimen toleró para legitimarse.

<sup>23</sup> Al respecto véase Rivas, et al. (2016). *La Historia en el noreste y desde el noreste* en *Las Ciencias Sociales en el Noreste de México*. César Morado y Lucila Hinojosa (Coordinadores). Monterrey. UANL. Pp. 105-128.

producir conocimiento sobre el pasado.<sup>24</sup> Por lo anterior, se considera en este trabajo a Isidro Vizcaya como parte de una generación de hombres públicos que, a nivel local, conformaron con su quehacer un *ámbito*<sup>25</sup> (con su respectivo “lugar”, “reglas” y “escritura”), el cual décadas más tarde sería retomado y afinado para delinear una nueva etapa (la profesional).

En este ambiente local y nacional, ¿cómo fue el acercamiento de nuestro autor a la historia? Existen dos entrevistas que le realizaron a Vizcaya en las cuales se toca el punto y deja algunas pistas.

En la primera de ellas, al preguntarle sobre su producción historiográfica y lo que le impulsó a llevarla a cabo, sin empacho y de manera lacónica afirma: “Las causas que han dado vida a mis investigaciones son “raras”; casi todos mis trabajos han sido hechos por casualidad”.<sup>26</sup> Como se verá, en la obra de este historiador puede haber un poco de todo, excepto “casualidad”; en todo caso, lo “raro” en Don Isidro estriba en la forma en que trabajó, con independencia absoluta (un rasgo que con dificultad se percibe en este ambiente). En la siguiente entrevista, sus argumentos para el mismo asunto son más puntuales y atiende a algo ya señalado: su formación.

No creo que sea cosa muy rara eso, porque en México algunos de los historiadores más destacados eran propiamente ingenieros, por ejemplo don Lucas Alamán había estudiado en Europa cuestiones de minería, Orozco

---

<sup>24</sup> Espinosa (2007). “La práctica historiográfica en Nuevo León”, en *Secuencia*, pp. 102-106. Es necesario agregar que, por esa época, en la ciudad de México empezaban actividades La Casa de España [1939, germen de El Colegio de México], la Escuela Nacional de Antropología e Historia [ENAH, 1942] y el Instituto de Historia [1945] de la UNAM. Lo anterior supone el inicio de la etapa profesional del oficio en nuestro país.

<sup>25</sup> Certeau (1993). *La escritura de la historia*, pp. 67-118.

<sup>26</sup> Ruiz (1992). “Apuntes para la historia del pensamiento científico de Nuevo León. Apéndice. De la forma de hacer historia”, en *Desde el cerro de la Silla*, p. 157.

y Berra también era ingeniero, y Vito Alessio Robles era ingeniero militar, entonces es muy difícil saber cómo se inclina uno por la Historia; quizá tuvo algo o mucho que ver mi padre, que aunque era una persona que había tenido una educación muy limitada, era muy lector y me hablaba de la Revolución mexicana, conocía a casi todos los generales, no personalmente, conoció a algunos pero los otros de nombre y me platicaba algunas anécdotas de ellos, y como su padre había sido español, yo no lo conocí, ya había muerto cuando yo nací, conocía bastante de la Historia de España y de la Primera Guerra Mundial, me hablaba de todos los personajes, generales, participantes, así es que creo que eso pudo haber influido.

Algunas veces se presentan ciertas circunstancias, un tío mío que fue soldado en la Primera Guerra Mundial, algunas veces cuando visitaba su casa su esposa me sacaba unos libros, eran cuatro o cinco volúmenes, con fotografías de los ejércitos que participaron y yo me entretenía viendo los monitos cuando eran niño, probablemente eso también influyó.<sup>27</sup>

Ahora que permea la noción -con peculiar arrogancia en el ámbito académico- que para investigar historia debe contarse con un posgrado (entiéndase, tener un doctorado), el entrevistado parece haber salido del siglo XIX al tener lo que entonces se identificaba como una “profesión liberal” (en este caso, ingeniero) y desde ahí desplegar su tarea como historiador.

No en vano trae a colación los casos de eminentísimos historiadores mexicanos de aquella centuria (L. Alamán, M. Orozco y Berra, así como V. Alessio Robles ya en el siglo XX). Bajo estos argumentos cabría ubicar al mencionado Krauze,

---

<sup>27</sup> Derbez (2002). “De frente y de perfil. Isidro Vizcaya Canales”, en *Actas. Revista de Historia de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, p. 61.

ingeniero de profesión, con Doctorado en Historia en El Colegio de México y -además- exitoso. Un rasgo de los historiadores decimonónicos mencionados fue su vocación documentalista, su búsqueda sistemática de todo tipo de información y datos, su organización y presentación coherente para explicar algún proceso histórico; como se mostrará, dichos rasgos están presentes en la propuesta historiográfica de Vizcaya.

Por otra parte, las alusiones hacia su entorno familiar -en este caso, su padre y un tío- como primer factor de acercamiento a dos acontecimientos históricos de trascendencia (uno nacional y otro mundial), quizá nos den una idea de cómo nuestro personaje comenzó a contemplar ciertos sucesos del pasado a manera de referencia para comprender el presente. Asimismo, llama la atención la dosis lúdica -desde hace tiempo tan ajena y extraña al ambiente académico- que el entrevistado agrega a su respuesta, al admitir con naturalidad que “me entretenía viendo los monitos cuando era niño”.

Hoy que nuestra actividad parece no importarles a nadie -excepto a los pares, y acaso a algunos, tampoco a todos- y que, por tanto, es cuestionada en cuanto a su “función social”, a su “utilidad”, tal vez sea tiempo de considerar -sino el aspecto lúdico-, al menos presentar los resultados de la forma más sencilla posible y aspirar de esa forma llegar a un público más amplio.

Ligado a lo anterior, en sendas entrevistas el historiador habla sobre el oficio y su “función social” (esto es, qué hace el historiador y para qué sirve la historia). En cuanto a la función del historiador, lo justifica en los siguientes términos: “Tratar de espulgar los datos. Cuando usted realiza su trabajo de investigación es consciente de que puede ofrecer a la gente una interpretación personal, esa es su gran contribución como historiador”.

Y agrega: “Si es una persona que no quiere sensacionalismos, trata de apegarse lo más posible a los documentos que está viendo. No tengo el prurito de hacer héroes artificiales, entonces trato de hacer Historia con seres humanos, con todas sus virtudes y defectos”.<sup>28</sup> Nuestro personaje está convencido de que el estudio del pasado se debe hacer de manera científica, metódica y rigurosa cuya piedra angular es el dato y la información contenida en los documentos; en tal sentido, la postura y el proceder que tuvo como historiador son propios de aquellos postulados decimonónicos (al estilo “científico-idealista” de Ranke, por ejemplo) que delinear hasta la fecha la forma de estudiar la historia.

Siguiendo tales presupuestos, la noción de presentar a los sucesos en base a personas de carne y hueso, lo ubica como heredero de ese “realismo” científico articulado y afianzado a lo largo del siglo XIX; a él no le interesan los héroes (y agregaría que tampoco los villanos), sino limitarse a explicar ciertos episodios del pasado (es decir, como historiador refrenda aquella máxima rankeana: *wie es eigentlich gewesen*). Podrían rematarse estos argumentos con la respuesta que da en cuanto a su concepción de la historia, en la que aseveraba: “Es realmente tratar de recrear lo más cerca posible lo que realmente pasó en otras épocas”.<sup>29</sup>

Como siempre, resulta necesario matizar los comentarios. En este aspecto, Vizcaya (y el mismo Ranke en su momento) no lo plantea como una pretensión de objetividad absoluta o exactitud irrefragable (¿será posible tal cosa?); su preocupación, en todo

---

<sup>28</sup> Derbez (2002). “De frente y de perfil. Isidro Vizcaya Canales”, en *Actas*, p. 63.

<sup>29</sup> Derbez (2002). “De frente y de perfil. Isidro Vizcaya Canales”, en *Actas*, p. 62.

caso, era hacer un estudio de los procesos históricos en base a una búsqueda sistemática de fuentes, continuar con su respectivo procesamiento metódico para después mostrarlo a un potencial lector con la mayor honradez.<sup>30</sup> En una época como la nuestra, en donde parece privar el escepticismo o un ánimo de que “todo se vale”, bien valdría la pena asumir con honestidad intelectual las responsabilidades y limitaciones propias; como historiador, Don Isidro llevó a cabo su obra bajo el entendido que esa “recreación” de “lo que realmente pasó” -que supone, entre otras cosas, construir y difundir conocimiento- es, a lo sumo, un logro parcial.

En esa línea, cabe ahondar en aspectos que podríamos llamar “técnicos” en cuanto a su proceder como historiador. Por ejemplo, la idea que tuvo del documento podría mostrarnos cómo desarrollaba los pasos para hacer sus investigaciones. Al respecto, comentaba:

Creo que los documentos son básicos, algunas veces cuando no son documentos demasiado antiguos, se puede interrogar a personas viejas que les tocó vivir en otras épocas, pero esto es muy delicado, muchas veces no recuerdan bien, confunden cosas y son pocos los viejos que pueden redactar sus recuerdos con bastante acierto. El documento es el mejor respaldo, y puede ser muy variado, no nada más lo que se encuentra en los archivos, sino pueden ser periódicos viejos, naturalmente manejados con cierto criterio. Tratar de cotejarlos con otros documentos. Muchas veces son más útiles los

---

<sup>30</sup> En tal sentido, valga de ejemplo lo que el historiador propone en el primer libro aquí considerado y en particular a la interrogante sobre la industrialización de Monterrey: *En este trabajo se expone, con la mayor objetividad posible, algunos de los hechos más sobresalientes y que más pueden contribuir a formular una respuesta adecuada a esa pregunta.*

periódicos antiguos que publicaban la noticia tal como les parecía; en la prensa moderna hay mucho sensacionalismo.<sup>31</sup>

Si partimos de la premisa que indica que el historiador se curte con y en los documentos, entonces estas líneas presentan a Isidro Vizcaya como un historiador moderno y completo, conocedor de las rigurosas técnicas y reglas necesarias para desempeñar el oficio.<sup>32</sup>

Incluso, toma en cuenta que la información y los datos contenidos en dichos documentos deben cotejarse (en este caso y manteniendo su escepticismo, con lo que se denomina “historia oral”).

Quienes rescatan la oralidad, mencionarían que la memoria en las personas guarda y organiza de un modo peculiar (no científico, diría nuestro personaje) sus vivencias; de ahí que para evitar posibles distorsiones (“muchas veces no recuerdan bien, confunden muchas cosas”), su proceder es de fidelidad (casi decimonónica) al documento.

Así y desde el punto de vista de la teoría de la historia, para conocer el pasado (*otredad*) desde el presente (donde se encuentra situado el historiador), se deduce la necesidad de una mediación, que es saldada con el documento.

---

<sup>31</sup> Derbez (2002). “De frente y de perfil. Isidro Vizcaya Canales”, en *Actas*, pp. 62 y 63.

<sup>32</sup> Morado (2003) “El ingeniero agrónomo que sembró libros. Los cincuenta años de investigación histórica de Isidro Vizcaya Canales”. En *Actas. Revista de Historia de la Universidad Autónoma de Nuevo León*. Número 4. Monterrey, México. pp. 69-74.

Podemos afirmar que, desde el plano metodológico, Vizcaya sigue los pasos desglosados por la *escuela metódica*<sup>33</sup> en la segunda mitad del siglo XIX: acercarse a los hechos a través de un conocimiento “indirecto”.

Hasta aquí, es posible ubicar a nuestro historiador como parte de un ambiente que se constituye en los planos local y nacional, tanto en lo político (nuevo régimen emanado de la Revolución) como en lo profesional (el estudio de la historia). Este ámbito abrió paso a instituciones -que siguen vigentes-, en donde se formaron las primeras generaciones de historiadores profesionales con las respectivas actividades (seminarios, publicaciones, congresos, vínculo con otras disciplinas) como rasgos de la “nueva” circunstancia.

En el caso de nuestro autor, su inserción en tales condiciones consideramos que fue desde los “márgenes” (y no nos referimos sólo a su ubicación en un extremo de la geografía mexicana); de tal manera que ser copartícipe de una temprana oposición política (fundador e integrante de Acción Nacional en Nuevo

---

<sup>33</sup> Dosse (2004). *La historia. Conceptos y escrituras*, pp. 29-36; Zermeño (2002). *La cultura moderna de la historia*, pp. 147-154. El término *escuela metódica* fue acuñado y propuesto por Gabriel Monod en un trabajo intitulado “Du progrès des études historiques en France depuis le XVI<sup>e</sup> siècle”. Apareció en el primer número de la publicación periódica *Revue Historique* -de vocación republicana, espíritu liberal y herencia erudita- en 1876. A su vez, Monod estaba inspirado en lo que al respecto se hacía en lo que hoy es Alemania (Ranke, Humboldt, Droysen, Treitschke, Sybel, Bernheim). Dosse identifica y expone en dicho “editorial-manifiesto” los planteamientos que regirán la historia científica como se practicó a lo largo del siglo XIX: “marcha hacia el progreso”, “visión lineal de la historia”, “aporte de las ciencias auxiliares”, “la historia como ciencia singular” y “acceder a un conocimiento indirecto”. Un par de trabajos esquematizaron dichos postulados: el *Lehrbuch der historischen methode und der geschichtsphilosophie* de Ernst Bernheim publicado en 1889 y la *Introduction aux études historiques* de Charles V. Langlois y Charles Seignobos del año 1898. Por su parte, Guillermo Zermeño asevera que dicha propuesta historiográfica “se incorpora formalmente en México en el siglo XX hacia los años de 1940-1970” (esto es, con la profesionalización del oficio). Isidro Vizcaya, como historiador, elaboró su obra en ese ambiente.

León) y desenvolver su faceta de historiador desde un ámbito privado (Tecnológico de Monterrey), nos permiten advertir que se mantuvo en los límites del Estado que entonces se conformaba. Si se sigue el planteamiento de Michel de Certeau, sería ésta la posición desde donde el estudioso del pasado alcanza mayor libertad y autonomía respecto a su pensamiento y su quehacer, en la medida que se aleja de las instituciones que componen la máxima institución.<sup>34</sup>

### **Isidro Vizcaya y el noreste**

Se ha sustentado que nuestro personaje inició su faceta de historiador en 1953.<sup>35</sup> Por aquel tiempo, el Instituto de Estudios Sociales de Monterrey, A. C. le publicó un folletín de cuarenta y tres páginas intitulado *Agricultura en Nuevo León*. En vida, su última publicación fue la ya referida *Tierra de guerra viva*, en 2001. Un par de años más tarde, la Asociación de Historiadores Profesionales del Noreste de México [ADHINOR, 1985], en la

---

<sup>34</sup> Certeau (1993). *La escritura de la historia*, p. 20. El autor argumenta: *Supuesto su distanciamiento de la tradición y del cuerpo social, la historiografía se apoya como último recurso en un poder que se distingue efectivamente del pasado y de la totalidad de la sociedad. El “hacer historia” se apoya en un poder político que crea un lugar propio (ciudad, nación, etcétera) donde un querer puede y debe escribir (construir) un sistema (una razón que organiza prácticas). Y continúa: Por una parte, el poder debe legitimarse, otorgar a la fuerza que lo vuelve efectivo una autoridad que lo haga creíble. Por otra parte, la relación entre un “querer hacer historia” (sujeto de una operación política) y el “medio ambiente” en el que se divide el poder de decisión y de acción, exigen un análisis de todas las variables que actúan por las intervenciones que modifican esta relación de fuerzas; exige también un arte de manipular la complejidad en función de objetivos, y por consiguiente, un “cálculo” de las relaciones posibles entre un “querer” (el del príncipe) y un cuadro (los datos de una situación).*

<sup>35</sup> Ávila (2005). “A Don Isidro...”, p. 17; Morado (2003). “El ingeniero agrónomo que sembró libros. Los cincuenta años de investigación histórica de Isidro Vizcaya Canales”, p. 1.

clausura del Coloquio CCL aniversario del natalicio de Miguel Hidalgo y Costilla, celebrado los días 18 y 19 de julio de 2003 en Monterrey, le rindió homenaje al para entonces octogenario historiador.

En un lapso de casi medio siglo de actividad, Vizcaya publicó trece libros y siete artículos y/o capítulos en revistas y compilaciones. Si bien escribió textos para públicos específicos (por ejemplo, una *Historia de Europa Moderna* en 1959 dirigido a estudiantes del ITESM), la mayor parte de su obra puede considerarse propia del ámbito de la historia profesional (tomemos como referencia sus colaboraciones en *Humanitas. Anuario del Centro de Estudios Humanísticos de la UANL*, así como las publicaciones que le hizo el AGENL).

Por otra parte, están las ediciones que Asociaciones Civiles (además de las indicadas, puede mencionarse *Un siglo de Monterrey, desde el grito de Dolores hasta el Plan de San Luis, 1810-1910* en 1998 por el Instituto de Investigación Humanística) y la Iniciativa Privada (*Monterrey 1882, crónica de un año memorable* en 1991) le publicaron. Entre este cúmulo de trabajos se encuentran lo que consideramos -para efectos del presente artículo-, sus “obras mayores” (ya mencionadas al principio). Ahora, qué referencias a la región definida en parte de la historiografía regional es posible encontrar en sus investigaciones.

De entrada, un indicio que llama la atención alude a su primer libro contemplado. Publicado en 1969 por el Tecnológico de Monterrey -institución en la que entonces laboraba como profesor-, *Los orígenes...* guarda especial significado para su autor ya que -según aseveraría más tarde-, sería su “primer trabajo más o menos serio”.<sup>36</sup> En otro momento, también recordó: Los orígenes de la industrialización...

---

<sup>36</sup> Derbez (2002). “De frente y de perfil. Isidro Vizcaya Canales”, en *Actas*, p. 61.

que es mi segundo libro, surge cuando una institución bancaria de la localidad estaba por cumplir su 25° aniversario de fundación, y con este motivo pretendía publicar una historia de Monterrey. Así fue como me hablaron para participar en el proyecto. Originalmente estábamos comprometidos en la investigación, Eugenio del Hoyo, Israel Cavazos y yo. En la división del trabajo correspondió a Eugenio del Hoyo la parte antigua hasta la independencia, y a mí, desde la independencia hasta la década de los sesenta del presente siglo. Contábamos con ocho meses para terminar el trabajo. Al final probablemente no les gustó, porque no fue el elogio a los grandes héroes de Monterrey, sin embargo, pagaron el trabajo y se quedaron con él. El ITESM posteriormente rescató los trabajos, y así se publicaron, seis años después, en 1969, la Historia del Nuevo Reino de León de Eugenio del Hoyo y Los orígenes de la industrialización de Monterrey... al que le quitaron los últimos 40 años, en atención a una recomendación hecha por Luis Astey en virtud de que esa parte todavía estaba un poco floja.<sup>37</sup>

Las últimas líneas llaman la atención respecto si al historiador le corresponde estudiar los sucesos del presente; en este caso, la decisión de quitar “los últimos 40 años” por considerar “que esa parte todavía estaba un poco floja”, nos remite a la categoría *sentido de perspectiva*.

Desde el punto de vista historiográfico, dicho sentido permanece como herencia metódica del siglo XIX y estipula reconocer y contar con una distancia necesaria entre sujeto

---

<sup>37</sup> Ruiz (1992). “Apuntes para la historia del pensamiento científico de Nuevo León. Apéndice. De la forma de hacer historia”, en *Desde el cerro de la Silla*, p. 176.

(historiador) y objeto de estudio (pasado); es decir, tanto el autor como los procesos que se analizan se encuentran en un contexto determinado y poseen su propia dinámica. Aunado a lo anterior, también debe tomarse en cuenta el riesgo que implica escribir historia contemporánea al no conocer el desenlace del proceso en cuestión.

Si nos atenemos a los argumentos vertidos por Don Isidro, se advierte que comprendía y se adhería al principio conceptual indicado (lo que le ubica como un historiador *moderno*). Pero, al propio tiempo, el haber elaborado una versión preliminar de una historia que llegara hasta mediados del siglo XX, de igual forma nos muestra a un historiador que quiso reconocerse en su presente.<sup>38</sup>

En lo que concierne a la forma de trabajo (es decir, a la metodología presente en el texto), comienza con un planteamiento escéptico -ya presente en la referencia anterior- respecto a una idea muy arraigada acerca de la capital nuevoleonesa y su entorno: una ciudad que se gestó en el desierto (aparentemente con todo en contra): “De algún modo ha echado raíces la idea de que la localización de la ciudad y su medio ambiente no han favorecido a un desarrollo industrial tan extraordinario”.<sup>39</sup>

Para Vizcaya, lo anterior representa el “lugar común” que, desde su posición, considera su deber aclarar (y, si es posible, desterrar de los anales de la historia local). Lo sabemos, ese tipo de historia (llamémosle “oficialista”) tiene una función muy puntual que podría identificarse con construir y fomentar un sentido de pertenencia (sería esa su razón de ser, su justificación

---

<sup>38</sup> Como ejemplo de Historia del presente, se sugiere: *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)* de Enrique Krauze [1997].

<sup>39</sup> Vizcaya (2001). *Los orígenes de la industrialización de Monterrey*, p. VII [Introducción].

y, aceptémoslo, la humanidad entera la ejerce). De ahí se desprende la idea -hasta la fecha difundida-, de que la altiva Sultana del Norte es fruto de un esfuerzo extraordinario de su gente (como si las personas de las demás ciudades no se esforzaran), pues (supuestamente) no cuenta con un entorno natural favorable.

De tal manera, como historiador Vizcaya comienza a explicar las condiciones en las que un núcleo poblacional se asentó hacia la última parte del siglo XVI, por lo que toma en cuenta situaciones geográficas del entorno (“corrientes fluviales de poca profundidad”, “agua suficiente”) y ciertos procesos históricos que suponen los primeros rasgos para la conformación de una región (“colonización del Nuevo Santander o Tamaulipas (1747-1755)”, “erección del Obispado de Linares (1777)”). A lo anterior, agrega la apertura de puertos en el Golfo (Soto La Marina en 1781, Congregación del Refugio -hoy Matamoros- en 1820 y Tampico en 1823), expuestos como factores que delinearon de forma paulatina dicho entorno.<sup>40</sup>

Si bien se ha sugerido el año de 1848 como punto de partida de un proceso que supuso la configuración de la citada zona, este autor nos muestra cómo ciertos elementos (unos propios de la naturaleza de la zona en cuestión, otros generados por las poblaciones asentadas, incluso por situaciones desatadas más allá de los límites señalados como fue el impacto de las Reformas Borbónicas) gestaron, sobre todo desde la última parte de la etapa colonial, condiciones que favorecerían el entrelazamiento y vinculación de ciudades, puertos y puntos “fronterizos” en ese extremo del territorio novohispano.

---

<sup>40</sup> Vizcaya (2001). *Los orígenes de la industrialización de Monterrey*, p. X [Introducción]. El autor plantea: *La apertura de estos tres puertos tuvo una influencia decisiva en el desarrollo de la región noreste, y principalmente, en el de la ciudad de Monterrey.*

Así, su conceptualización del *noreste* como espacio regional articulado queda plasmada en su forma más concreta de la siguiente manera:

Es de destacarse la vinculación que durante muchos años existió entre Monterrey y Matamoros y la influencia que cada una de estas dos ciudades ejerció sobre el desarrollo de la otra, hasta la década de 1880. Matamoros fue el puerto de Monterrey, y éste era el punto recolector de los productos del país que salían al extranjero por Matamoros y también centro distribuidor de los efectos extranjeros importados por el mismo puerto. Para este último propósito, los mayoristas de Monterrey extenderán su red de distribución a los estados de Coahuila, Zacatecas, San Luis Potosí, Chihuahua, Durango, y ocasionalmente, hasta el Nuevo México.<sup>41</sup>

A decir de nuestro historiador, los acontecimientos que poco a poco redimensionaron al mencionado espacio se fraguaron a lo largo del siglo XIX. En principio, la guerra de Independencia en Nueva España habría propiciado la llegada de personas que escapaban del conflicto y encontraron en la región -en particular

---

<sup>41</sup> Vizcaya (2001). *Los orígenes de la industrialización de Monterrey*, p. X [Introducción]. Como se mostró en las primeras páginas, catorce años después de la primera publicación de este texto, Mario Cerutti desarrollará sus investigaciones profundizando en las vetas planteadas por Don Isidro. El mapa elaborado por Cerutti hacia 1983 (de un librito ya citado), presenta el entorno geográfico ya descrito por el ingeniero agrónomo. Dicho mapa volverá a ser utilizado por Cerutti para explicar el “sistema aduanal” y el “área de influencia” de la capital nuevoleonese sobre buena parte del “norte oriental” en la segunda mitad del siglo XIX. Ver: Cerutti (1992). *Burguesía, capitales e industria en el norte de México. Monterrey y su ámbito regional (1850-1910)*.

Nuevo León- condiciones de relativa estabilidad (que se prolongaría hasta los primeros momentos de la etapa independiente).

Al propio tiempo, la entidad prosperaba en cuanto a su producción agrícola y ganadera (tendencia que ya se manifestaba desde la última parte de la época colonial). Otro aspecto que también señala es el paulatino posicionamiento de Monterrey como punto dominante (“centro distribuidor”) de este extremo nororiental del territorio nacional.

En este ambiente de intercambio comercial, Vizcaya advierte una condición crucial para el desenvolvimiento de la dinámica económica: el contrabando; en tal sentido -y reconociendo que por entonces no había encontrado indicio alguno en cuanto al inicio de tal actividad en la zona-, presenta un dato de los años del Primer Imperio Mexicano [abril 21, 1822].<sup>42</sup>

Otra circunstancia indicada por el historiador que avivará dicha actividad, será la tensión con los colonos texanos unos años más tarde; ante la definitiva incorporación de esa vasta entidad a la geografía estadounidense y el desenlace de la guerra entre aquel país y México, el nuevo límite binacional materializado en el río Bravo. Estabilizada la situación, de inmediato se establecieron poblaciones en torno a la frontera, que supuso una “desventaja” comercial para los habitantes del lado mexicano; por parte de México, la respuesta del Estado fue crear hacia 1858 una “zona libre” (esto es, la suspensión del pago de derechos de productos extranjeros).

---

<sup>42</sup> Vizcaya (2001). *Los orígenes de la industrialización de Monterrey*, p. XIV [Introducción]. El autor inserta una pequeña cita que ilustra la situación, en este caso en Tamaulipas: *...el contrabando en las villas del norte se hace escandaloso por su volumen, el emperador Iturbide nombra al coronel Manuel Gómez Pedraza para que contenga y haga las aduanas más productivas.*

Así la situación, las aduanas se convirtieron en el inicio de la segunda mitad del siglo XIX en objeto de disputa entre autoridades federales y quienes detentaban el poder militar y político de la región. Don Isidro entonces logra distinguir dos situaciones más que integra a su análisis: la aparición del *caudillismo* y el impacto de un fenómeno externo.

El primero de ellos lo personifica la figura de Santiago Vidaurri quien, como otros caudillos locales y regionales de entonces, se hizo del poder entre 1855 y 1864 ante la inestabilidad de los gobiernos y debilidad de las instituciones; parte de su proyecto como gobernante supuso habilitar y controlar puertos fronterizos en poblaciones rivereñas que iban desde Piedras Negras en Coahuila hasta Reynosa en Tamaulipas cuyo *nodo* era Monterrey.

Vidaurri, por tanto, a través de su mando político y militar logró ejercer su dominio en buena parte de una región que ya se articulaba desde hacía tiempo. Lo segundo fue la lucha intestina en la Unión Americana; ante el bloqueo de los puertos ubicados en el arco norte del Golfo de México por parte de la flota unionista, los puntos mencionados del lado mexicano a lo largo del río Bravo se convirtieron -por esos años-, en una salida “natural” de mercancías.<sup>43</sup>

---

<sup>43</sup> Vizcaya (2001). *Los orígenes de la industrialización de Monterrey*, p. XVI [Introducción]. Aquí se muestra otra referencia al respecto: ...*la aduana de Piedras Negras le producía a Vidaurri, únicamente por derechos del algodón, cincuenta mil pesos mensuales, habiendo recibido en el mes anterior 7 000 pacas, por las que se pagaron a razón de ocho pesos cada una. El tráfico con Texas tenía empleados más de tres mil carros en el comercio, y la circulación de dinero texano en Nuevo León, desde el comienzo de la Guerra de Secesión había llegado a un efectivo de tres millones.*

¿Qué es posible encontrar en los argumentos de este historiador en cuanto a la categoría conceptual propuesta? De entrada, es posible encontrar en la propuesta historiográfica de Vizcaya elementos de diversa índole que utiliza para explicar el proceso histórico que supone el concepto *noreste*.

Lo anterior puede constatarse en el análisis y la integración de aspectos relativos a la economía (intercambios comerciales incluido el contrabando), política (caudillos y su influencia, gobiernos y sus proyectos, legislación, inestabilidad gubernamental, conflictos bélicos) y geografía (existencia de recursos naturales, identificación de ciudades y puertos, vínculos entre entidades incluidas aquellas ubicadas, a partir de 1848, más allá de las fronteras nacionales como Texas y Nuevo México).

A manera de proyección a los acontecimientos mencionados, Don Isidro desglosa un par de condiciones que incidirán en la nueva etapa de la capital nuevoleonese: el “desarrollo de las comunicaciones” (telégrafo, teléfono y, sobre todo, el ferrocarril) y una “tendencia hacia la industrialización” (ante la decadencia del comercio). Lo planteado tuvo lugar entre los años que van desde la caída del Segundo Imperio hasta el afianzamiento de Díaz en el poder (esto es, 1867-1890).<sup>44</sup>

Por último, el texto aborda la etapa que denomina “la gran industria” que enmarca en el periodo que va de 1890 a 1910. Aquí escudriña dos tipos de causas que propiciaron la puesta en marcha de la Compañía Minera, Fundidora y Afinadora de

---

<sup>44</sup> Vizcaya (2001). *Los orígenes de la industrialización de Monterrey*, pp. 1-41. Al respecto, el autor indica: *Durante los setenta y ochenta se va creando una conciencia de que el progreso de Monterrey sólo se puede lograr por medio de la industrialización.*

Monterrey: las externas y las internas. Las primeras refieren a la política arancelaria promovida por el gobierno de Estados Unidos; en específico, al “arancel Mckinly” aprobado por el legislativo de aquel país en mayo de 1890.

A lo anterior, se agrega la “accesibilidad” de la capital del Estado por lo bien “conectada” que se encontraba con otros puntos de la región. También considera relevante la incorporación de “capital foráneo” en el proyecto entonces pionero en México -y en Latinoamérica-, así como la relativa estabilidad del régimen porfiriano.

Las segundas tienen que ver con la política de los gobiernos estatales (leyes de protección a la industria, 1888-1889, su vigencia, exención de impuestos y donación de terrenos en un periodo prolongado que encabezó B. Reyes), la “existencia de fuertes capitales ociosos”, mano de obra que considera de calidad (“artesano competente”), proximidad con los Estados Unidos (lo que facilitó la adquisición de equipo, la adopción de “ideas y métodos” de producción), recursos naturales (en este caso, agua) y el “carácter de los habitantes” (“emprendedores”, “arriesgados”, en donde integra a los contingentes que arribaban a la ciudad de otras entidades del país).

Lo que encuentro atractivo de este planteamiento, es que esa burguesía que abanderó ese y otros proyectos (algunos de ellos todavía vigentes) se ha mantenido pese a turbulencias desatadas a lo largo del siglo XX; así, trastornos como la Revolución Mexicana, políticas de tipo intervencionista como el denominado “desarrollo estabilizador”, incluso ser blanco de grupos subversivos como la guerrilla urbana en los años setenta mediante secuestro o extorsión, fueron situaciones que supieron sortear.

Otro acontecimiento histórico impulsará una nueva aventura intelectual para nuestro historiador: la revolución de Independencia en Nueva España. Resultado de ello será el libro

*En los albores de la Independencia*, publicado en 1976. La investigación se enmarca en la última parte del siglo XVIII (en rigor, en los años de 1810 y 1811). Al respecto, Vizcaya en alguna oportunidad comentó “que [el trabajo] fue enriquecido con las consultas periódicas al Archivo General de la Nación, realizadas en las vacaciones de verano, cuando acostumbraba ir a la ciudad de México”.<sup>45</sup>

La historiografía regional en México –que tuvo un impulso renovador justo en esos años con el *revisionismo*–,<sup>46</sup> se ha caracterizado, entre otras cosas, por el uso sistemático de materiales ubicados en archivos locales (ricos en cuanto a la información y datos que conservan pero que –en no pocas ocasiones–, están desorganizados, casi siempre padeciendo el descuido de las autoridades municipales).

En el caso que nos ocupa, este historiador entendió la necesidad –y tuvo la oportunidad–, de complementar el basamento documental con las fuentes que encontró y trabajó en la capital mexicana. El resultado es un estudio sólido y bien documentado.

---

<sup>45</sup> Ruiz (1992). “Apuntes para la historia del pensamiento científico de Nuevo León. Apéndice. De la forma de hacer historia”, en *Desde el cerro de la Silla*, p. 176.

<sup>46</sup> Rico Moreno (2002). *Pasado y futuro en la historiografía de la Revolución Mexicana*, p. 203. A decir de este autor, dicha tendencia historiográfica se caracteriza por cinco ejes de interpretación sobre la Revolución mexicana: proceso de creación del Estado mexicano; la definición de nuevos sujetos y relaciones sociales; la dinámica región-centro/centro-región; el carácter relativo de los esquemas de ruptura/continuidad y de vencedores/vencidos; y la identificación de una estructura dual del desarrollo histórico. El trabajo que habría iniciado tal renovación fue *Zapata and the Mexican Revolution* [1969] de John Womack, Jr. Si bien Vizcaya en este texto no aborda el proceso revolucionario de principios de siglo XX, los aspectos relativos tanto a destacar las dinámicas regionales como a indagar las rupturas y continuidades de otra Revolución (en este caso, la de Independencia), están en consonancia con aquel ánimo revisionista. Puede decirse que, en cierta forma, Vizcaya en su obra apela a tales planteamientos para explicar procesos regionales que, a la luz de la Gran Historia Nacional, suelen perderse de vista o ser distorsionados.

En lo que concierne propiamente a la obra mencionada, se sabe que los cambios impulsados por las Reformas Borbónicas en la América española tuvieron un impacto muy peculiar en el septentrión novohispano. Uno de esos cambios fue la reorganización de tipo administrativo que se impuso a la vasta región, que derivó en la constitución de la Comandancia General de las Provincias Internas (mediante cédula real expedida en agosto 22 de 1776). A su vez, años más tarde dicha Comandancia General sería dividida en Provincias Internas de Oriente y Provincias Internas de Occidente; las primeras comprendían los territorios de “Coahuila, Texas, Nuevo León, Nuevo Santander y los distritos de Parras y Saltillo”.<sup>47</sup>

Es este el espacio geográfico en el cual Vizcaya se concentra para escrutar los momentos tempranos (primeros seis meses) del movimiento independentista novohispano. Con un proceder argumentativo muy parecido al de su texto anterior, los elementos geográficos tienen particular relevancia en la explicación del proceso histórico; así, el planteamiento que considera para identificar a las Provincias Internas de Oriente como “unidad geográfica” se apoya en las condiciones del amplio entorno (“aislamiento del resto de la Nueva España por la Sierra Madre Oriental”, “separadas de las otras provincias del norte por extensos desiertos”).

Para nuestro historiador, la situación prevaleciente contrastaba con los vínculos y comunicación que -en apariencia- resultaban “relativamente fácil entre ellas”. Se trataba, por tanto, de un ámbito que -por lo visto- se encontraba bien comunicado internamente, pero aislado del cuerpo político-administrativo del Estado virreinal.

---

<sup>47</sup> Vizcaya (2003). *En los albores de la Independencia*, p. XIX [Introducción].

Además de las circunstancias esbozadas, Don Isidro expone otras vicisitudes presentes en la geografía definida que incidieron tanto en el fracaso del proyecto reformista borbónico como en el comienzo de la brega independentista. De tal suerte que los “constantes cambios administrativos”, lo “complicado del sistema de jurisdicciones”, el hecho de que “no hubiera ningún puerto autorizado en la región”, el consecuente “comercio de contrabando bastante intenso con los Estados Unidos” (aspectos ya tratados por el autor en la obra anterior) y la “incursión de los bárbaros” (nuevo elemento integrado a su análisis, en este caso como amenaza a las poblaciones de la extensa Provincia).<sup>48</sup>

Por otra parte, las redefiniciones geopolíticas en Norteamérica -delineadas por la Independencia de Estados Unidos y su posterior desarrollo a lo largo del siglo XIX- son percibidas por nuestro autor. Su impacto en la dilatada zona se dejará sentir en el territorio más septentrional de la Provincia: Texas.

Unido de manera precaria a Coahuila desde antes de la llegada de los Borbones, el entorno texano tuvo rasgos cuyo saldo Vizcaya considera negativo. Así lo explica: “Pero el dominio de España sobre Texas siempre fue precario. Al principiar la guerra de Independencia, esta vastísima provincia sólo contaba con cuatro mil habitantes reconcentrados en tres poblaciones: San Fernando de Béjar, la capital Nacogdoches y la Bahía del Espíritu Santo, las cuales eran acosadas constantemente por las diversas tribus de indios bárbaros que las rodeaban”.<sup>49</sup>

---

<sup>48</sup> Vizcaya (2003). *En los albores de la Independencia*, pp. XX y XXI [Introducción].

<sup>49</sup> Vizcaya (2003). *En los albores de la Independencia*, p. 135.

Además de lo que se acaba de apuntar, el texto también advierte el riesgo que supuso para esa parte del norte novohispano el expansionismo de otras potencias (en principio Inglaterra y Francia, aunque sería Estados Unidos con quien se precipitarán las cosas durante la primera mitad del siglo XIX). Por tanto, será la proximidad con el sur de la Unión Americana la que posibilitará cierto desarrollo al noreste (y, por extensión, a toda la frontera norte mexicana).

Los señalamientos respecto a ciertas condiciones de la referida región apuntan a un territorio extenso, escasa población, así como amenazas de filibusteros e “indios bárbaros”, y este último aspecto reclamará la atención de Vizcaya. Se comentó que este tema ya había sido expuesto a finales de los sesenta, pero es hasta 2001 cuando presenta el trabajo íntegro. De aquella temprana versión sobre el asunto, el autor recupera la siguiente premisa:

La consolidación de la conquista de Mesoamérica la han logrado los españoles para mediados del siglo XVI y pronto se empiezan a mover para lo que es el centro y el norte de México, pero los sistemas de dominación que tan buen resultado habían dado en la mitad sur, van siendo cada vez más difíciles a medida que se avanza hacia el norte.

En Mesoamérica, los conquistadores encontraron gente sedentaria, relativamente dóciles y acostumbradas a la disciplina, que encajaba bien en los planes de dominación española, a las grandes masas de la población reconcentradas en lugares fijos se les podía cristianizar y utilizar en la explotación de campos y minas.

Pero en el norte, el conquistador encuentra vastas zonas áridas, que obligan a la dispersión de los centros de población en la proximidad de los pocos manantiales y corrientes de agua permanentes, la población nativa es escasa, nómada y terriblemente aguerrida, y en todo momento disputa el paso al colonizador. Desde la primera penetración se inicia una lucha interminable, pero poco a poco la colonización se va extendiendo hacia el norte hasta quedar, a mediados del siglo XVIII, la frontera con los bárbaros, más o menos firmemente establecida en donde está actualmente la línea divisoria con los Estados Unidos. Parece como que la resistencia del salvaje iba a determinar que ésta fuera definitivamente la frontera norte de México, pues más allá de esta línea sólo se lograron establecer tres débiles hilos de población: en las márgenes del Río Bravo superior en Nuevo México, en la llanura costera de Texas y a lo largo de la costa del Pacífico en la Alta California.<sup>50</sup>

Si la industrialización de Monterrey tiene sus “orígenes” en la redefinición de la actual frontera norte de México al mediar el siglo XIX y la articulación político-administrativa de las Provincias Internas de Oriente como “unidad geográfica” se gesta hacia la última parte del periodo colonial, el tema de la “guerra viva” en la región hunde sus raíces en los inicios del proceso de conquista y colonización.

En principio, nuestro autor entiende que el “problema” de los “indios bárbaros” va más allá del entorno indicado, ya que representó un conflicto para toda la frontera norte de México (esto es, impactó “regiones en donde todavía subsistían grupos indígenas no conquistados”). Dicha situación que Vizcaya

---

<sup>50</sup> Vizcaya (2001). *Tierra de guerra viva*, pp. 13 y 14.

considera fue “especialmente grave en el norte” y tuvo los tintes propios de un choque de civilizaciones: por una parte, la población nativa identificada en el texto por tres grupos étnicos (apaches, lipanes y comanches); por otra, la llegada y asentamiento de españoles, mestizos e indígenas en el dilatado septentrión novohispano.

Al iniciar el siglo XIX, el Estado mexicano recién constituido “hereda” semejante condición. Su primera apuesta fue negociar con los caudillos indígenas (capitán Gran Cadó, Cuelga de Castro) de las “tribus hostiles” que azotaban asentamientos ubicados en las antiguas Provincias Internas de Oriente (particularmente grave era la exposición de lugares como Lampazos en Nuevo León, así como Río Grande y San Fernando en Coahuila).

Llama la atención que nuestro autor haga una analogía respecto al vecino del norte (Estados Unidos): mientras que los habitantes en aquella nación tenían acceso relativamente fácil a armas de fuego desde el mismo momento de la colonización (siglo XVII), la población rural mexicana armada (tanto en la época virreinal como en la independiente) era reducida. El ingeniero-historiador lo atribuye a un factor: desarrollo. De tal manera que mientras en las colonias inglesas empezaron a operar desde entonces talleres que fabricaban armamento a bajo costo, en el caso estudiado las armas resultaban difíciles de conseguir por carecer de dicha opción.<sup>51</sup>

Durante la mayor parte del siglo XIX -en este caso, más de seis décadas que engloba el trabajo-, los distintos gobiernos del Estado mexicano (desde el efímero Imperio de Iturbide hasta los tiempos de Díaz) encararon la contingencia -por momentos

---

<sup>51</sup> Para esta afirmación, Vizcaya se basa en un historiador estadounidense: A. Merwyn Carey, *American firearms makers*, New York, Thomas Y. Crowell Company, 1953. El dato corrobora lo indicado en la nota al pie número 19 (esto es, un historiador con una preparación sólida que conoce el idioma inglés).

desesperada y aun trágica- de quienes vivían en el extremo noreste del territorio nacional, mediante innumerables tratados de paz (que, por lo demás, ambas partes incumplían).

Al final, Don Isidro encuentra la conclusión en dos sucesos que perfilaron tanto a México como a Estados Unidos en las últimas décadas de aquella centuria: por un lado, “el aumento vertiginoso de la población” en el contiguo país del norte; por otro, la “consolidación del régimen” porfiriano en el nuestro.<sup>52</sup>

### **Consideraciones finales**

Los años sesenta, en muchos sentidos, representaron ruptura. En lo que concierne al estudio del pasado y la escritura de la historia, en nuestro país sucedieron cambios relevantes. Para los propósitos del presente trabajo, el más trascendente de ellos fue la revaloración de los procesos históricos regionales. En tal sentido y desde el punto de vista historiográfico, autores como L. González y J. Womack, Jr. muestran la pauta de aquella renovación: reivindicar los estudios locales (en este caso, desde el ámbito académico para entonces ya consolidado).

A grandes rasgos, la propuesta revisionista se sustentaba en una exhaustiva búsqueda, procesamiento y análisis de fuentes ubicadas en archivos locales y/o estatales, cuyos resultados eran trabajos de investigación sólidos en donde se exponían los sucesos o personajes a partir de la diferenciación, la heterogeneidad y la pluralidad.

---

<sup>52</sup> Vizcaya (2001). *Tierra de guerra viva*, p. 401. *El autor concluye: Estos dos factores contribuyen a la disminución de otro mal muy ligado al problema de los bárbaros: la delincuencia de las zonas rurales. Es notorio cómo en los setenta y ochenta se van repoblando áreas antes abandonadas; hay un aumento notorio en la producción agrícola y ganadera, y como resultado, una mayor prosperidad en regiones antes asoladas por los indios.*

Lo anterior también incidió en la puesta en marcha de proyectos institucionales aún vigentes. Pensemos en que desde hace más de tres décadas existe una institución como El Colegio de la Frontera Norte (donde se conjugan esfuerzos tanto de investigación como de formación profesional).

Fundada en Tijuana (punto estratégico en los límites entre México y Estados Unidos), a lo largo de este periodo dicho Colegio ha multiplicado su presencia en otros lugares de la dilatada línea fronteriza entre ambos países. Sus publicaciones (que incluyen dos revistas especializadas y bilingües), son muestra de una tradición académica ocupada en entender las condiciones de la vasta región (identificar problemáticas, proponer soluciones, desarrollar proyectos).

A partir de las circunstancias señaladas, se ha decantado una delimitación muy clara -además de admitida y fomentada por quienes conforman el ámbito académico-, entre la historia nacional y aquellas historias locales y/o regionales.

La primera tendría la función de englobar los acontecimientos acaecidos en el territorio mexicano con el objetivo de uniformizar en torno a un pasado común, por lo que se han acuñado conceptos como “historia patria”, “historia de bronce” o “historia oficial”. A manera de contraparte, dichas historias enfocadas en localidades o regiones han puesto énfasis en posicionamientos próximos a lo reivindicativo que -en apariencia- contradicen aquella pretendida homogeneidad (que, en ocasiones, llegan a desafiar al Estado y a la “sagrada” unidad nacional).<sup>53</sup>

---

<sup>53</sup> Serrano (2004). “La confrontación entre historia nacional e historia regional. Historiadores regionalistas, revisionistas, oficialistas y divulgadores”, en *Retos de la historia y cambios políticos*, p. 167.

La postura del autor aquí estudiado lo colocaría entre esta última, pues -como vimos- se mantuvo resuelta a elaborar y difundir una historia que privilegia valores y símbolos con una gran carga significativa para definir un espacio del territorio nacional: el *noreste*. De hecho, tales valores y símbolos -como un acentuado prohispanismo, un resguardo del catolicismo, así como una férrea justificación respecto al trato y suerte dado a las poblaciones autóctonas-, constituyen e identifican hasta la fecha a esos entornos regionales de la frontera norte mexicana.

Otro rasgo presente en la propuesta historiográfica analizada es la consulta de obra escrita en inglés en su mayoría proveniente de Estados Unidos; en especial, destaca lo anterior en el último de los libros seleccionados donde emplea bibliografía sobre diversos temas (frontera, ejércitos, batallas y, sobre todo, indios) de distintos autores (desde aquellos considerados “clásicos” como H. H. Brancoft o N. L. Benson hasta otros que sólo ubicaría un especialista como A. Santleben o R. C. Tyler).

El indicio señalado no es menor, si se toma en cuenta que no se trata de un historiador profesional a quien, por su formación, desde hace tiempo se le suelen exigir ciertos requisitos (contar con posgrado, ser integrante de algún cuerpo académico o asociación profesional, tener distinciones y, por supuesto, dominar otros idiomas). Por lo anterior, considero que la propuesta “vizcayana” -si vale el término- habría renovado la historiografía regional en el ambiente del *revisionismo* ya sugerido, debido a que sus argumentos van más allá de señalar los meros aspectos geográficos (entornos, naturaleza, recursos, límites de una zona), para presentar un análisis acucioso de ciertos procesos (políticos como la revolución de Independencia, económicos como el desarrollo industrial, incluso de tipo etnográfico en cuanto al tratamiento de los “indios bárbaros”).

Así, el que este “historiador noresteño” -según lo expresa Jesús Ávila- elaborara estudios completos sustentados en una base documental sólida y con su respectivo arsenal metodológico, muestra que su obra rebasaría -y por mucho- lo que a primera vista podría ser catalogado como mera “crónica provinciana”.<sup>54</sup>

En cuanto a los textos considerados, tanto *Los orígenes...* que apareció en 1969 como *En los albores...* que data de 1976 es donde se encontraron elementos más sólidos y mejor articulados en cuanto a definir un espacio geográfico con rasgos vinculantes. De manera que aspectos como un territorio extenso, baja densidad demográfica, población dispersa, alejamiento del centro político nacional (desde tiempos coloniales), una paulatina (y necesaria) autogestión para resolver problemas económicos (intercambios comerciales entre localidades que derivaron en un sistema regional), políticos (elegir autoridades, formar gobiernos) y militares (autodefensa y protección ante ataques de filibusteros e indios) fueron detectados, sustentados y desarrollados con acuciosidad, precisión y claridad por el ingeniero agrónomo devenido historiador.

Por lo que toca a *Tierra de guerra viva*, el asunto del *noreste* quedó algo amorfo y disperso. Y es que, si bien desde el subtítulo hace alusión a dicho espacio, a lo largo del trabajo -poco más de 400 páginas-, los datos e información encontrados resultaron desbalanceados: por un lado, de las entidades integradas a su propuesta, Nuevo León y Coahuila parecen haber padecido lo peor de la lucha frente al “bárbaro”; por otro, otras entidades (Zacatecas, San Luis Potosí, incluso la parte norte de Jalisco) debieron ser integradas debido a que los documentos así lo indicaban. Así, las otras entidades que

---

<sup>54</sup> Miño (2002). “¿Existe la historia regional?”, en *Historia Mexicana*, vol. 51, núm. 4 (204), abril-junio, p. 867.

conforman el núcleo de la zona referida (Tamaulipas y Texas, esta última ya parte de Estados Unidos), quedaron un tanto al margen de la argumentación.<sup>55</sup>

Ahora, qué implicaciones tiene la obra del historiador abordado en la identificación y conceptualización del espacio mencionado. Vizcaya no es el “padre historiográfico” del concepto, pues como se advirtió desde tiempos coloniales se ha hecho alusión a esa parte de la geografía (primero novohispana, después mexicana y desde hace más de siglo y medio binacional). En cambio, sí tiene el mérito de haberlo retomado - y, hasta cierto punto, renovado- en un momento previo a la profesionalización del oficio en la región; tal mérito radica en que ese proceso de profesionalizar el estudio del pasado, ha tomado como base -aun de forma implícita- los postulados del ingeniero-historiador. Por lo demás, a estas alturas la noción de *noreste* se encuentra “institucionalizada”.

Para sustentar lo anterior, tómesese como muestra la obra de ciertos historiadores profesionales (M. Cerutti, M. Ceballos, O. Herrera) quienes, desde hace tiempo, han estudiado a partir de los presupuestos planteados por este ingeniero procesos históricos en la conformación del citado entorno.

De igual forma, otra muestra puede encontrarse si se hace alusión al hecho de que desde otras disciplinas (antropología o literatura, por ejemplo) se ha comenzado a emplear dicha construcción conceptual para desarrollar ciertos proyectos de investigación (procesos migratorios en la región, producción escrita en ambos lados de la frontera), así como a certámenes que promueven estudios sobre la historia regional (el Premio

---

<sup>55</sup> Vizcaya (2001). *Tierra de guerra viva*, pp. 11 y 12. Al respecto, el autor advierte: *Se cita a Tamaulipas en menor proporción, pues sólo los municipios colindantes con el río Bravo [Laredo, Revilla, Mier, Camargo, Reynosa] padecieron este problema. Y agrega: Se incluyen bastantes incidentes en San Luis Potosí, Zacatecas y Durango, lo mismo que alusiones indispensables a Texas.*

Israel Cavazos impulsado por Conarte desde 2004 resulta otra referencia que, de hecho, actualmente extiende su espacio más allá de la delimitación “tradicional”, pues incluye a entidades como Chihuahua y Durango). Asimismo, no se olvide que desde la museografía también se han desarrollado proyectos como el Museo del Noreste [MUNE, 2007], ubicado en Monterrey. Mención aparte merece el influjo de una institución de educación privada como el Tecnológico de Monterrey -por cierto, copartícipe del certamen mencionado- en la historiografía local y regional.

Lo señalado a lo largo de estas páginas -aun con su dosis de parroquialismo-, nos permite retomar aquella categoría ogormaniana de “invención”. En este caso, no es que el *noreste* estuviera esperando a ser ubicado en las coordenadas de una geografía (desde el siglo XIX escindida en dos países), sino que se ha construido, “inventado” a partir de una serie de procesos (económicos, políticos, geográficos, demográficos, históricos, culturales) a los que cierta historiografía les ha conferido un sentido que se considera propio de su *ser*.

## Fuentes consultadas

### Bibliográficas

- Ávila, J. Jesús (2005). “A don Isidro Vizcaya (1917-2005). En memoria”, en *Sociedad, milicia y política en Nuevo León. Siglos XVIII y XIX. Homenaje al historiador Isidro Vizcaya Canales (1917-2005)*. Monterrey: Archivo General del Estado de Nuevo León [Colección Cuadernos del Noreste No. 2].
- Ceballos, Manuel (2006). “La conformación del noreste histórico mexicano: larga duración, identidad y geopolítica”. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 65 (mayo-agosto).
- Certeau, Michel de (1993). *La escritura de la historia*, trad. Jorge López Moctezuma. México: Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia.
- Cerutti, Mario (1992). *Burguesía, capitales e industria en el norte de México. Monterrey y su ámbito regional (1850-1910)*. México: Alianza Editorial/Universidad Autónoma de Nuevo León.
- \_\_\_\_\_ (2004). *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX. Gastos militares, aduanas y comerciantes en años de Vidaurri (1855-1864)*. Monterrey: Archivo General del Estado de Nuevo León.
- Derbez García, Edmundo (2002). “De frente y de perfil. Isidro Vizcaya Canales”. *Actas. Revista de Historia de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, vol. I, núm. I (enero-junio).

- Espinosa Martínez, Edgar Iván (2007). “La práctica historiográfica en Nuevo León. Una arqueología del conocimiento histórico regional, 1867-1996”. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 68 (mayo-agosto).
- González, José Eleuterio (1885-1887). *Obras Completas*, editor y prólogo Hermenegildo Maldonado. Monterrey: edición del Periódico Oficial, Imprenta de Gobierno, a cargo de Viviano Flores, t. II.
- Krauze, Enrique (1998). *La historia cuenta. Antología*. México: Tusquets Editores.
- Loeza, Guadalupe (1999). *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Matute, Álvaro (1999). “Estudio introductorio y selección”, en *Historiología: teoría y práctica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades [Biblioteca del Estudiante Universitario 130].
- Miño Grijalva, Manuel (2002). “¿Existe la historia regional?”. *Historia Mexicana*, vol. 51, núm. 4 (204), abril-junio.
- Morado Macías, César (2003) “El ingeniero agrónomo que sembró libros. Los cincuenta años de investigación histórica de Isidro Vizcaya Canales”, en *Actas. Revista de Historia de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, número 4. Monterrey, México. pp. 69-74.
- O’Gorman, Edmundo *et al.* (2015). “Sobre el problema de la verdad histórica”, en *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, México: Fondo de Cultura Económica [Biblioteca Universitaria de Bolsillo].

- Rico Moreno, Javier (2000). *Pasado y futuro en la historiografía de la Revolución Mexicana*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco/Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Rivas, et al. (2016). *La Historia en el noreste y desde el noreste en Las Ciencias Sociales en el Noreste de México*. César Morado y Lucila Hinojosa (Coordinadores). Monterrey: UANL. pp. 105-128.
- Ruiz Solís, Francisco (1992). “Apuntes para la historia del pensamiento científico de Nuevo León. Apéndice. De la forma de hacer historia”, en *Desde el Cerro de la Silla. Artes y letras de Nuevo León*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Serrano Álvarez, Pablo (2004). “La confrontación entre historia nacional e historia regional. Historiadores regionalistas, revisionistas, oficialistas y divulgadores”, en *Retos de la historia y cambios políticos*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana [Biblioteca INEHRM].
- Vizcaya, Isidro (2003). *En los albores de la independencia. Las Provincias Internas durante la insurrección de don Miguel Hidalgo y Costilla, 1810-1811*. Monterrey: Archivo General del Estado de Nuevo León.
- \_\_\_\_\_ (2001). *Los orígenes de la industrialización de Monterrey. Una historia económica y social desde la caída del Segundo Imperio hasta el fin de la Revolución, 1867-1920*. Monterrey: Archivo General del Estado de Nuevo León.

\_\_\_\_\_ (2001). *Tierra de guerra viva. IncurSIONES de indios y otros conflictos en el noreste de México durante el siglo XIX, 1821-1885*. Monterrey: Academia de Investigación Humanística, A. C.

Zermeño, Guillermo (2003). *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México: El Colegio de México.

Zorrilla, Juan Fidel, *Integración histórica del noreste en la Nueva España*, discurso de ingreso como miembro de número de la Academia Mexicana de Historia, correspondiente de la Real de Madrid, leído el 25 de junio de 1991.